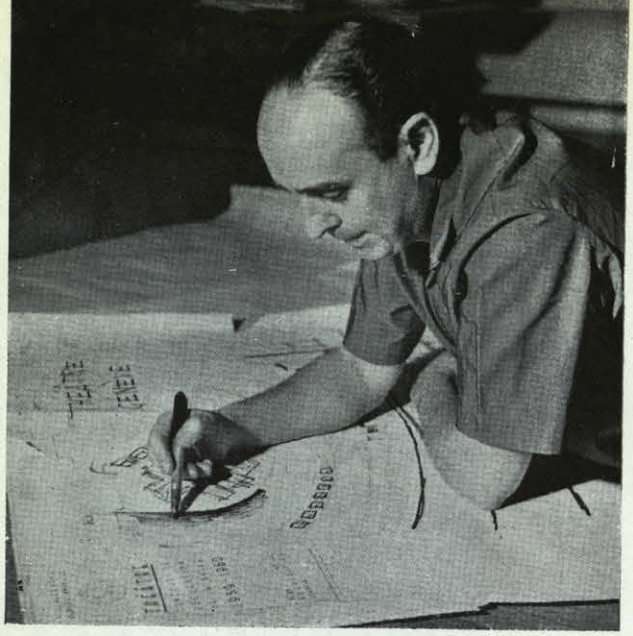


José Caballero, en su momento crítico

¿Puede una plétora de facultades artísticas invalidar creacionalmente a un pintor? Puede.

El caso de José Caballero es el más demostrativo de cuantos conocemos un poco de cerca. Extraordinario dibujante, para el que la línea no tiene ningún secreto ni problema; dotado de un buen gusto capaz de penetrar y resolver cuantas exquisiteces puedan imaginarse; con un sentido plástico y colorista afinadísimo; con hábil mano apta para todos los malabarismos; con imaginación de viveza andaluza, es decir, oriental refinada culturalmente; con simpatía personal, grata presencia de romano arabizado, trato social, repentización...

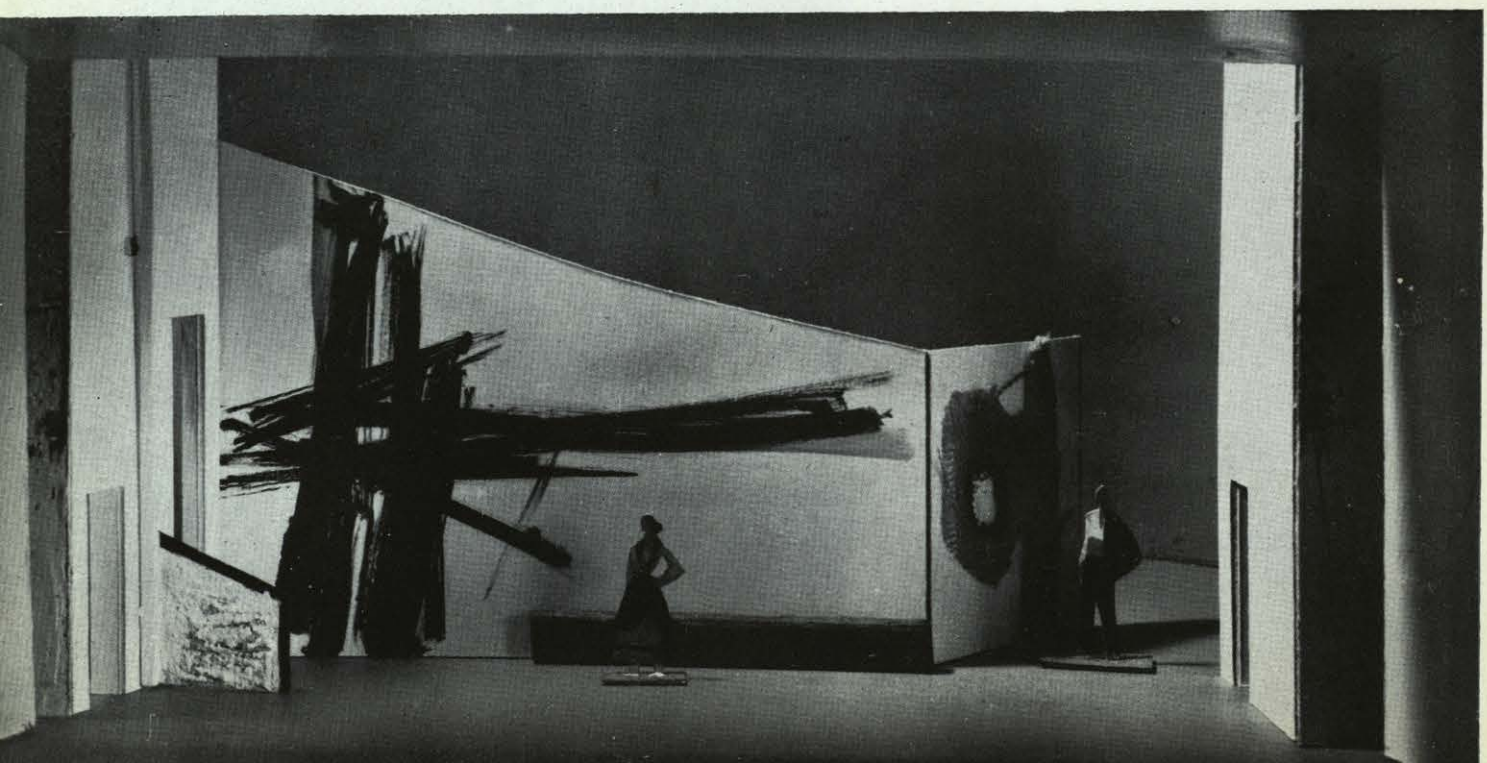
Todos estos sumandos positivos, que, según la mejor lógica, debían habernos dado el pintor ideal producen, no obstante, en José Caballero un estado de ansiedad e inconformidad consigo mismo evidente. El artista se queja, y el artista en esto (como en muchas otras cosas) es igual que los niños: algo no marcha exactamente bien dentro, en el interior.

Plétora de facultades, exceso de caminos fáciles por donde transcurrir. Cuando esto ocurre de una manera acusada sólo es capaz de resolverlo un mago que conozca todos los conjuros, como ese que se llama Pablo Picasso.

Triunfador desde la niñez, mimado de grandes poetas y de toda clase de importantes, José Caballero ha sido víctima del triunfo prematuro, siempre tan peligroso. Particularmente no hay que culparle de que todo haya sucedido así. El, que tiene tantos aspectos orientales, debe aceptar el fatalismo.

En su última exposición en la sala Prisma había pinturas tan buenas como las podían haber hecho Tapies o Rueda, pero que tenían en contra recordarnos las de otros pintores. Es duro decírselo, pero como lo estimamos mucho no hay más remedio: la versatilidad lo está invalidando como pintor.

Creemos que sólo una gran conmoción aflictiva salvaría la pintura de José Caballero, algo que le obligara a recogerse en sí dolorosamente, a no derramarse en tantas direcciones. Ignoramos si sus condiciones económicas le permitirían esa especie de retiro monástico fuera de las tentaciones del mundo. Y también comprendemos que para toda autolimitación hace falta mucho valor o mucha inconsciencia, y que no todos tienen la seguridad de qué es aquello que sería conveniente cercenar, podar del frondoso árbol.

El agua, todos sabemos que es fecundante, pero para que resulte así, hay que encauzarla, limitarla, canalizarla. Existe también el peligro de que corra por todos los lados sin que llegue a empapar la parcela más sustanciosa, de la que se esperan los más perdurables frutos.

Decorado para "Yerma".